

cambiar diez veces de carruaje antes de llegar al punto de su parada.

El Jefe de seguridad, después de una nueva entrevista con el Juez instructor, adquirió un detalle de verdadera importancia: el de que las miradas de uno de aquellos hombres brillaban en la obscuridad.

—¡Esperemos que la casualidad quiera protegernos!—se dijo el Jefe de seguridad.

#### XIV.

La especie de desfile que se hacía otras veces, y que se hace todavía hoy delante del Jefe de seguridad y algunos agentes á su servicio reunidos en el saloncito de la prisión llamado el Depósito, es de una gran utilidad. Las gentes detenidas la víspera eran objeto de una inspección, con objeto de hacer una reseña de ellas al Juez instructor. Se trataba de observarlas, de reconocerlas y de desenmascararlas, por sí, como de costumbre, trataban de demostrar que no había motivo para que estuviesen bajo el poder judicial y que eran objeto de sospechas infundadas, poderlas conocer. El desfile es muy rápido; algunos minutos bastan para observar las fisonomías, y decir: «Este es nuevo; no lo hemos

visto jamás. No ha salido de ninguna prisión. Ese ha estado en Poissy el año pasado. Aquel ha sufrido varias condenas por vagabundo. Aquel otro es un abonado á diario de San Lázaro».

Algunas veces el Jefe de seguridad indica á un sujeto, diferente de los demás, y deja su interrogatorio para más tarde, con objeto de poderlo hacer con más detención y dar de él detalles más precisos. No le hará su interrogatorio referente al delito que se le imputa. Procurará únicamente identificar su personalidad del modo más terminante.

Habían pasado quince días desde que ocurrió el asesinato de la señora Le Forestier.

La causa continuaba en el mismo estado, cuando una mañana, una joven bastante guapa, llamada Clara Mérot, que decía ser oficiala de modista, fué llevada delante del Jefe de seguridad y de sus agentes. Su maestra la acusaba de haberle robado varios objetos, y estaba detenida desde el día antes.

Nadie la reconoció. La delincuente debía ser nueva. Ya se disponían á llevarla al departamento de mujeres, cuando se dirigió llorando al Jefe de seguridad, suplicándole que tuviese la bondad de escucharla sin testigos.

El desfile había terminado. M. X.... hizo á sus dependientes una seña para que se alejaran.

—Señor (exclamó Clara Mérot): libradme, os



lo ruego, de la vergüenza de comparecer ante la justicia. Soy inocente del robo que se me acusa.... Es una venganza de la señora.

—¡Una venganza! ¿Pues qué le habéis hecho?

—He dicho que tiene los dientes postizos....

¡Oh! Y es verdad, señor....; la he visto salir muchas veces, y dirigirse á casa del doctor Diego Miller.... ¡Oh! No me cabe la menor duda.... La señora tiene la dentadura más bonita que puede verse; es una verdadera obra de arte.

—¿Y por esa bagatela os ha acusado de robo?

—Es que sus amantes, como soy más joven y más guapa que ella, me hacen el amor.

—¿Y vos los rechazáis?—preguntó el Jefe de seguridad sonriendo.

—No diré tanto; pero no tengo los amantes á docenas como la señora.

—¡Á docenas! Eso es demasiado.... ¿Y cómo podéis saber eso, porque, según la nota que tengo, no vivís en su casa?

—¡Oh! Señor, es que á ella no le importa recibirlos en su casa.

—¿En un establecimiento público y en una calle tan pasajera!

—Hay otras dependencias, señor. En el entresuelo tiene un gabinetito, al cual se sube por una escalera interior, situada en el fondo del almacén.

El Jefe de seguridad escuchaba con atención

suma. Se comenzaba á hablar en París mucho de ciertas habitaciones misteriosas, de las cuales él no tenía las señas fijas, y pudiera serle de utilidad para ciertos y determinados servicios.

—Vuestra ama os acusa de un hecho concreto: veis vuestra desventaja, y para defenderos atacáis su virtud: tratáis de presentarla como sospechosa. Mas vuestras acusaciones son muy vagas. Decís que tiene diez amantes: ¿y cómo lo probáis? Si siquiera citarais uno solo....

—¡Oh! Puedo citarlos á todos.

—¿Conocéis sus nombres?

—Sus verdaderos nombres, no, señor. Jamás se los dicen á la señora, á la cual no parece le inquieta mucho eso. Mas cada uno de esos caballeros tiene su sobrenombre ó seudónimo.

—Decidme algunos.

—El Nabab, el Raffalé, el Príncipe, el Joven apasionado, el Caballero de los ojos de gato.

—¡Eh! ¿Qué decís? ¿El Caballero de los ojos de gato?... ¿De dónde proviene ese seudónimo?

—Parece que sus ojos brillan en la obscuridad.

—¿Habéis comprobado vos ese fenómeno?

—No, señor; yo siempre he visto á ese caballero de día, ó de noche con la luz encendida.

—Y sus ojos, ¿brillan entonces?

—Todo lo contrario: parece que están muertos.



—Y ese Caballero de los ojos de gato, ¿va con frecuencia al almacén?

—Antes sí, señor....; pero no lo he visto desde hace algún tiempo.

—¿Como cuánto tiempo?

—Un mes próximamente. Poco antes de año nuevo.... La señora dice que tengo la culpa de que no vaya por allí, porque lo recibo en mi casa. Eso es falso. Me gustaba poco.

—¿Es feo acaso?

—No, señor. Sus ojos son hermosos.... Es un hermoso rubio, alto, robusto.

—¡Vamos! Siempre las mismas señas, —se dijo el Jefe de seguridad.

Despidió á Clara Mérot, no sin haberle dado á entender que se interesaría por ella; despachó sus asuntos ordinarios, y á las dos de la tarde próximamente se encaminó á la calle de la Chaussée d'Antin.

La modista, que era una rubia de treinta y cinco á cuarenta años, pero todavía muy hermosa, le dijo, dirigiéndole una sonrisa que seguramente hubiera agradecido el mismo Diego Miller:

—¿Deseáis un abanico?

—No, señora: deseo ocupar vuestra atención algunos instantes en vuestra habitación del entresuelo.

—Caballero, no tengo el gusto de conoceros, —dijo la comerciante, sin dejar de sonreír.

—Sí, me conocéis; yo soy M. X....

Á este nombre, demasiado conocido en París, sobre todo entre los comerciantes y vendedores, la sonrisa desapareció de sus labios, y con voz grave repuso la modista:

—¿Sin duda venís por el asunto de Clara Mérot, la dependiente del mostrador que me ha robado?

—Es posible; pero subamos; no estamos aquí bien para poder hablar.

Aunque contrariada por tener que dar á conocer los secretos de su casa, mas comprendiendo que no había manera de oponerse, se dirigió al entresuelo, seguida de M. X....

El Jefe de seguridad dirigió una mirada á su alrededor al entrar en el saloncito.

—¿Es aquí donde recibís?

—No, señor.... Aquí es donde vivo.... Porque creo que tengo derecho....

—¿Quién lo duda! Pero de vos depende el que mañana quede cerrada vuestra tienda, ó que podáis continuar vendiendo vuestros abanicos y sombreros.

—¡Cerrarse mi tienda! —dijo con terror.

—Sí; yo me encargo de hacerlo, si no contestáis francamente á mis preguntas.... ¿Cuál es el verdadero nombre de un joven rubio, alto, elegante, que conocéis bajo el seudónimo de el Caballero de los ojos de gato?



—¡Oh! ¡quién os lo ha dicho!... ¿Sin duda esa ladrona?

—Eso no importa.... ¿Queréis decirme su nombre?

—No lo sé, ni lo he sabido nunca.

—¡Cómo! ¿Recibís en vuestra casa á personas cuyos nombres no conocéis?

—Es inútil preguntárselo, señor; siempre me dicen alguno falso.

—Como los parroquianos del ropavejero,—se dijo el Jefe de seguridad, recordando las palabras del judío de la calle de Nuestra Señora de Nazareth.

Y alzando la voz, añadió:

—¡Bueno! ¿Conque no sabéis cómo se llama? Pero sin duda sabréis algo de él.... No me refiero á sus ojos; tengo respecto de él algunos antecedentes. ¿No ha venido aquí alguna vez acompañado de algún amigo á quien conocáis?

—Siempre ha venido solo.

—Debe vivir en este barrio, seguramente.

—Os juro que no lo sé. Podéis estar en la seguridad que no os lo había de ocultar. Si supiera su dirección, os la daría inmediatamente.

—Está en vuestro interés. Vamos á ver: y si llegarais á ver á ese individuo en la calle, en el boulevard, en el Bosque ó en el teatro, ¿lo conoceríais?

—¡Oh! Seguramente.

—Pues bien: estáis obligada á prestarme un servicio, que consiste en que, en vez de permanecer encerrada en vuestra tienda, lo cual no es muy saludable, procuréis por espacio de algunos días pasearos á pie ó en carruaje, y por la noche iréis á los teatros. Venderéis menos, eso es indudable; pero en cambio tendréis la seguridad de poder en adelante continuar vendiendo sin temor de ningún género.

—Muy bien, señor. Pero ¿qué debo hacer en el caso de que llegase á ver á ese sujeto?

—Seguirle con habilidad. Procurar averiguar su verdadero nombre y dónde vive, y avisármelo inmediatamente. En cuanto á la denuncia que habéis presentado contra Clara Mérot, os aconsejo que la retiréis; no creo estaría de más que esa joven os acompañase en vuestras investigaciones.

—En efecto; ella le conocerá seguramente mejor que yo.

Al día siguiente las dos mujeres, á quienes el miedo prestaba actividad, se pusieron en campaña. Por su parte, el Jefe de seguridad procuraba indagar en los *cafés* á la moda, en los *restaurants* de lujo y en los clubs del boulevard. En cuantas personas creía notar tenían alguna particularidad en los ojos, se fijaba; pero después y con más detención no hallaba semejanza



con las señas especiales de aquel en cuya busca tan sin descanso se ocupaba.

Esta imposibilidad de encontrar á aquel sujeto dentro de un círculo estrecho relativamente, tiene fácil explicación. Hay muchas personas en quienes no se fija uno, y que, sin embargo, tienen la mirada triste, apagada, como muerta. Lo verdaderamente extraño es ese brillo que aseguraban tenía á ciertas horas la mirada de aquel sujeto....; pero este fenómeno únicamente había podido ser observado en la obscuridad por un número reducido de personas.

\*\*\*

Los paseos por París de la vendedora de abanicos y la oficiala no obtuvieron resultado alguno. El Caballero de los ojos de gato debía hallarse viajando por lejanas tierras, ó por prudencia, y acompañado por sus cómplices, no salía de su casa.

De los tres asesinos, ninguno había llegado á ser detenido. Se habían perdido las huellas del criado Antonio Guiraud en la estación de Orleans, después de haber registrado su maleta. El hombre de los ojos brillantes había desaparecido por completo. En cuanto al tercer asociado,

se había dejado ver por un instante, para preparar y dirigir el negocio, y había vuelto á obscurarse.

Los periódicos de aquellos días, sobre todo los de oposición, tuvieron un pretexto para censurar á la policía. Según decían, ni el Juez instructor, ni el Jefe de seguridad, ni los inspectores sabían cumplir con su obligación. Pasaron algunos días, ocurrieron otros nuevos crímenes, y se olvidó á la señora Le Forestier y á sus asesinos, como se olvida todo en París.

En cuanto á la causa instruída, permaneció en la correspondiente escribanía aguardando turno, ó, lo que es lo mismo, perdida.

\*\*\*

Pero alguien se acordaba de ello constantemente; éste era el hijo de la víctima, el huérfano Armando Le Forestier. Había consentido en dejar su casa para irse á vivir á la de enfrente, con los hijos del doctor du Chatel, y con la expresa condición de que le habían de llevar todos los días, durante las dos horas de recreo, al cementerio del Padre-Lachaise, donde estaba enterrada su madre.

Depositaba en la tumba un ramito de flores,



las cuales compraba á una florista del boulevard.

Siempre había flores frescas en aquella querida tumba.

Ante ella, y de rodillas, oraba todas las mañanas largo rato. Había renunciado á los rezos ordinarios. Del *Padre nuestro*, las palabras: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores», se le resistía pronunciarlas.

—No, no; yo no quiero engañar á Dios. Yo no perdonaré á los que han asesinado á mi querida mamá.

Y le dirigía unas súplicas tan tiernas, tan cariñosas, tan llenas de amor, que seguramente debían ser escuchadas en el cielo.

FIN DEL PRÓLOGO.

## PRIMERA PARTE.

### La pista del crimen.

#### I.

De algunos años acá es Royat, sin disputa, una de las poblaciones cuyas aguas medicinales recomiendan con mayor frecuencia los doctores, como las más agradables á los enfermos, y la residencia más favorita de turistas, pacientes, hombres corredores y mujeres corretonas. Muchas razones abonan tales preferencias: situada en uno de los puntos más céntricos de Francia, con abundantes medios de comunicación para los provincianos y parisienses, que llegan en ocho ó nueve horas en los trenes expresos; país encantador, pintoresco en cuanto permiten los accidentes del terreno, tiene torrentes y montañas como los Pirineos; valles y lagos como Sufza; bosques, selvas, grutas, curiosos monumentos y ruínas de la histórica Auvernia.